

AVENTURA DE LA GOLETA "POMARE" EN OCEANIA

Por
E. B. T.



ON JUAN FRANCISCO Doursther, ilustre abuelo de los Tocornal, había llegado a Chile en 1826 para ocupar el puesto de cónsul de los Países Bajos en Valparaíso.

Trajo como secretario al belga Jacques Antoine Moerenhout, antiguo oficial de los ejércitos de Napoleón. Doursther, de veintiséis años y "hombre de gran temple y de conducta extremadamente honorable", al decir de Moerenhout, instaló su oficina en la calle de la Planchada, hoy Serrano, seguramente en una casa de adobes y tejas, que mejores no las había en el puertecillo de veintitantas mil almas y transitado por carretas, birlochos, jinetes y recuas de mulas.

Apagado el dinamismo de la Independencia, la vieja caleta de Quintil se había vuelto a adormilar, pero subsistía el espíritu de empresa que O'Higgins alentara con sus medidas en favor del comercio naviero. El ojo observador de Doursther se fijó en cierta iniciativa audaz que un grupo de inversionistas estaba llevando a cabo. Era una sociedad con nueve mil pesos de capital destinada a la pesca de perlas y nácares en Polinesia y en cuya nómina figuraban los señores Pedro Alessandri, José Manuel Cea (el socio de Portales), Francisco Javier Urme-

neta y la señora o señorita María López. Estos pioneros chilenos de los Mares del Sur habían comprado la goleta "Sociedad", de cien toneladas de carga, y bajo el mando del capitán T. West la despacharon al archipiélago de Gambier. En Francia, país que centralizaba el mercado de nácares, pagábase a razón de ciento sesenta mil francos la tonelada, aparte de las perlas, de manera que en una sola expedición afortunada (teóricamente) podía rescatarse el capital.

Esta expectativa tentadora fue la que indujo al cónsul belga a crear la firma Doursther, Serruys y Cía., que en 1828 comenzó a operar con el bergantín "Volador", apenas más espacioso que la cascarilla de Alessandri y Cía. A su bordo embarcóse Moerenhout, cuya pluma de narrador privilegiado contaría después las peripecias de esta incursión y de otras en un libre clásico: "Voyages aux Iles du Grand Océan".

Pero don Juan Francisco Doursther quiso él mismo conocer la emoción de la aventura exótica, y en noviembre del año 31 delegó el Consulado en su secretario y partió en la goleta de tres palos "Reina Pomaré" con rumbo a Tahití.

Los cómodos viajeros modernos difícilmente pueden imaginar lo que era una travesía del Pacífico en un velero de ciento ochenta toneladas, haciendo esca-

las en puertos sin autoridades ni recursos y tratando con gentes hostiles y primitivas. Ya Moerenhout sabía lo que es estrellarse en un arrecife de coral y don Pedro Alessandri había quedado escamado con la belicosa recepción de los isleños de Mangareva.

Lo que iba a sucederle a Doursther parece ahora como un episodio de novela de Salgari.

La veloz "Pomaré" llegó a su destino en cincuenta y un días, después de recalar en Pascua, Pitcairn y Gambier; pero junto con echar el ancla en Papeete surgió el primer contratiempo. Aunque el nombre del barquito constituía un homenaje a la joven reina tahitiana, ésta consideró que era irrespetuoso y el capitán Clark tuvo que hacerlo borrar del tablero de popa.

La isla más bella y seductora de los mares, dibujada por cumbres vertiginosas, lagunas transparentes, playas y palmeras de ensueño y patria de gentiles mujeres, no era sino un lugar de paso en donde los buques aportaban para recoger a los buzos indígenas, los únicos seres humanos capaces de permanecer dos minutos bajo el agua forcejeando con las ostras y capeando a los tiburones. Con veinticuatro de estos especialistas, más un intérprete, se dirigió la "Pomaré" al archipiélago Tuamotú, lugar sembrado de restos naufragos y donde la goleta casi encalla en una islilla que no aparecía en la carta. Fueron a fondear en el atolón del Harpa, anillo de arena que apenas sobresale del mar y forma un lago salado de decenas de millas cuadradas donde proliferan los bancos perlíferos. Paraje de placidez panorámica infinita... y habitado por aborígenes que en un principio se mostraron amistosos. El rey de la aldea ofreció el concurso de sus desnudos mocetones y con genial desfachatez se instaló como alojado en la cámara del navío.

Cuatro embarcaciones fueron arriadas y bogaron en demanda de los bancos, situados ocho millas laguna adentro. Todo marchó a pedir de boca los tres primeros días. Los botes regresaban colmados, guiándose en la noche por la señal luminosa que el buque izaba en su aparejo.

Al amanecer de la cuarta jornada Doursther sintió un vocerío y carreras en

el puente y vio que unos indígenas penetraban violentamente en su camarote. La goleta había sido abordada por una flotilla de canoas cuando el capitán se hallaba en los bancos y la tripulación dormía desprevenida; y el rey en persona dirigía el asalto. De un brinco Doursther dejó la litera, cogió su pistola y disparó cuatro tiros consecutivos, hiriendo en el pecho al primer atacante que asomó la cabeza. Fue todo lo que alcanzó a hacer. Luchando solo, no pudo impedir que el rey, el secuaz herido y finalmente una pandilla le derribasen, golpeándole con puños y pies, para maniarlo por último y sacarlo a cubierta más muerto que vivo. Simultáneamente había sido reducida la tripulación, de piloto a cocinero; triste grupo de indiferentes que se dejaron amarrar sin amago de resistencia.

Fueron todos trasladados a tierra y atados cada uno al tronco de un cocotero. Permanecían libres los buzos traídos de Papeete, y uno de ellos, compadecido, entregó a Doursther su ropa, galleta de mar, una botella de ron, agua y cigarros. Entretanto, las mujeres y niños del lugar elevaban griteríos indescriptibles a la vista del isleño baleado, que se paseaba impávido y cubierto de sangre: Durante horas interminables el desdichado empresario estuvo esperando la muerte a manos de esos aborígenes con fama de antropófagos, y su desesperación le hizo pensar en el suicidio; pero hasta su cortaplumas le había sido robada.

A las once de la mañana reapareció el capitán Clark, al que habían hecho prisionero después de una lucha que dejó en su nariz, ojos y boca la huella de los puñetazos. Hasta ponerse el sol no varió la situación, con la agravante de que reforzaron las amarras y Doursther no pudo siquiera satisfacer la más urgente necesidad natural. Al caer la noche sus guardias lo hicieron tenderse en el suelo, boca abajo, y so pretexto de impedir que huyese se acostaron encima de su cuerpo magullado y adolorido. El infeliz no pudo soportarlo y empezó a pedir a gritos que acabasen de quitarle la vida. Sólo entonces le fue permitido ponerse de espaldas, las manos amarradas por delante, para respirar tranquilo hasta rayar el día.

El único de los blancos que no había sido apresado era Middleton, el intérprete contratado en Tahití, que se hallaba

mosquitos y las ratas que pasaban por encima de sus caras. Una lluvia de siete días consecutivos dejó a Doursther exhausto y enfermo. Cuando menos lo esperaba llegó el rey a instalarse en la choza para hacerle compañía. A instancias suyas mudaron la residencia cerca de la aldea, donde la presencia de los perros mantenía alejados a los roedores y lagartos. Pero a cambio de esta comodidad el monarca les prohibió cortar ramas de cocoteros para hacerse una nueva choza, y en adelante vivieron a la sombra de los árboles. Como lecho tenían que elegir entre la hierba anegada por los chubascos o los ásperos trozos de coral que les enconaban la piel y rompían la ropa.

La vecindad del poblado era más deprimente que útil a causa del atraso prehistórico de sus habitantes, que vivían en la ociosidad, despiojándose y comiéndose los piojos y arrojando a las mujeres los desechos de pescados y cocos. Un día que el capitán se acercó a mirar una tortuga, sin intención ni de tocarla, azuzaron a los perros, que le persiguieron mordiéndole las piernas.

Al cabo de un mes no cicatrizaban del todo las heridas de Doursther, que un curandero indígena trataba con hojas de un árbol medicinal. La escasa alimentación, a veces el hambre, le habían debilitado hasta el punto de embotarle los sentidos. Estaba a merced de la caridad, comiendo de las sobras de los isleños; la ración habitual era un coco y cierta plantita hervida en agua salada, que se hacían pagar en tabaco. Cuando el hambriento conseguía dormir, soñaba que estaba en su hogar de Namur, con sus familiares, saboreando manjares y licores exquisitos.

Cada vez que Clark quiso salir de pesca, se negaron a prestarle una canoa por el solo placer de negársela. Curiosamente, el único gesto humanitario provino del indígena baleado por Doursther, que obsequió a éste unos trozos de carne de tortuga. El resto de los aldeanos dedicóse a robar los últimos objetos que quedaban a los blancos: la sartén, las dos tazas y una navaja que usaban para limpiar el pescado y los cocos.

Tan pronto como las lluvias lo permitieron, Doursther se dedicó a lavar su ropa ya medio despedazada, sin que ninguno de sus hombres se ofreciese a ayu-

darle. Y cuando encendió una fogata para protegerse de los insectos y del fresco nocturno, el señor piloto, el señor contra-maestre, el señor mayordomo y el señor carpintero sentáronse en primera fila sin preocuparse del jefe de la empresa, que quedó de pie y soportando el frío hasta que Clark les explicó en qué consisten el respeto y la buena crianza.

Se cumplían treinta y nueve días de permanencia en ese paradisíaco infierno, cuando un bote con seis hombres armados de fusil entró a la laguna del atolón. Si Doursther temió antes sucumbir de miseria, creyó ahora morir de alegría, pues había calculado que en el mejor de los casos, y suponiendo que Middleton lograra llegar a Tahití, no podría estar de vuelta en menos de un par de meses.

Dándose cuenta de lo que estaba por ocurrir el rey congregó a su gente con la intención de impedir el desembarco y ordenó disparar contra la embarcación los fusiles que robara del armero de la "Pomaré". Pero acto seguido se echó a temblar y quedóse clavado en el arenal al ver a los invasores saltar a tierra.

El oficial que los mandaba se presentó a Doursther como el capitán Ebrill, un irlandés al mando del bergantín-goleta "Elisa", de la matrícula de Valparaíso.

Este barquichuelo de cincuenta toneladas acababa de ser adquirido por Doursther, Serruys y Compañía y encontrábase en Papeete cuando el intérprete llegó en busca de socorro; de ahí la presteza con que Ebrill se había hecho presente en el Harpa, a donde arribó con dieciocho días de travesía desde Tahití. El "Elisa", falto de viento, aguardaba al otro extremo de la laguna, pero el bote traía provisiones que llegaban en momentos de angustiosa necesidad, cuando hacía treinta y seis horas que los cautivos no probaban bocado. Olfateando la comida y la liberación, los leales marineros de Clark corrieron a reunirse en torno a su capitán.

Casi hundiéndose bajo el peso de veinte personas, la embarcación bogó en demanda del bergantín. Entonces supo Doursther por qué había venido el "Elisa" y no la "Pomaré" a rescatarlo. Mientras Middleton andaba en tierra, la goleta había sido saqueada hasta dejarla inutilizada para hacerse a la mar, y el seguro contra robo pierde su validez cuan-

pescando al producirse el motin. Tan pronto como estuvo de vuelta, Doursther le pidió que preguntase a los salvajes cuál era el motivo de su actitud y qué se proponían hacer con él y con los suyos. . .

Las respuestas eran vagas y contradictorias: que estaban ofendidos por el nombre irrespetuoso del buque, que Clark les trataba con dureza, que el capitán de otro barco no les pagó lo convenido, que los buzos (falso) deseaban ser repatriados. Era todo como una pesadilla, entre largos silencios y las risitas incongruentes del rey.

Resuelto a salvar siquiera el pellejo, el empresario propuso que sacaran de la bodega de a bordo lo que quisieran, y que si era el buque lo que pensaban quitarle, que le entregasen un par de botes o canoas para abandonar la isla. . . Nuevas risitas y silencios. Se limitaron a saquear la goleta llevándose ropa, armas de fuego, herramientas y víveres. A manera de trofeo, el rey guardó para sí los libros de navegación.

De improviso, al día siguiente, el risueño monarca ordenó quitar las amarras de los prisioneros y devolverles algunas de sus pertenencias. Entregaron al jefe de la expedición cuarenta libras de galleta, treinta de carne salada, tres botellas de vino, dos docenas de cocos, dos libras de té, veinte de tabaco, una sartén y dos tazas. Con esto tenían que sobrevivir, quién sabe por cuánto tiempo, los robinsones de Valparaíso, mientras la bandera estrellada de la "Reina Pomaré" les recordaba la patria que tenían no volver a ver.

Llegose por último al acuerdo, inopinado como todo lo anterior, de que Middleton con dos marineros saliese en la goleta a repatriar a los buzos, maniobra que aprovecharía el intérprete para tratar de ponerse al habla con las autoridades tahitianas y pedir el rescate de los cautivos.

Al dejar el surgidero el improvisado marino perdió el ancla y su cadena, pero consiguió alejarse del arrecife navegando a la buena de Dios, sin saber utilizar la carta, las tablas ni el sextante. Milagro es que haya podido cruzar los procelosos canales del archipiélago, sembrados de corales ahogados y donde se entrecrocaban turbulentas corrientes y mareas.

Quedaban once hombres abandonados a su suerte en el atolón, pero libres al fin

de la presencia de los trescientos nativos, que se alejaron cuando la desgracia de los extranjeros dejó de parecerles divertida.

Hay atolones limpios y sucios y el del Harpa es de estos últimos, vale decir que se halla plagado de ratas, moscas, mosquitos, hormigas y lagartos. Para colmo estaban en la estación de las lluvias, que allí son torrenciales, y no disponían de una sábana con que protegerse. Doursther tenía las muñecas y tobillos desollados por las ligaduras, el capitán Clark estaba casi ciego y uno de los marineros sufría dolorosas heridas y contusiones. Reducidos a esta mísera condición se dispusieron a buscar la supervivencia en ese paraíso engañoso de las Tuamotú, llamado con justicia el Archipiélago Peligroso.

La primera medida de Doursther fue hacer levantar dos chozas de ramas de cocotero: una para la marinería y la otra para sí, para el capitán, el piloto, el contramaestre, el carpintero y el mayordomo. El frágil cobertizo tamizaba los rayos del sol tropical, pero apenas si disminuía el paso de la lluvia, de modo que los moradores se mojaban lo mismo adentro que afuera. Con hojas y hierbas recubrieron el suelo arenoso, y una estera, fue la cama de Doursther. Las rústicas habitaciones estaban a distancia de doce millas de la entrada de la laguna, el lugar hacia donde iban a vivir espionando el arribo de sus libertadores. Como no podían saber cuándo llegarían, acordaron raciocinar los víveres con rigurosa parsimonia; previsión que no cabía en la mente de los marineros, los cuales en una semana consumieron el total de reserva.

Cuando ya entreveían el fantasma del hambre apareció un grupo de aborígenes trayéndoles peces y langostas, como si nada hubiera sucedido entre ellos y sus víctimas. En un descuido de sus superiores, que insistían en economizar el alimento, los marineros se dieron tal panzada de pescado que volvió a agotarse la despensa. Su incorregible indisciplina obligó a Clark a tomar una decisión terminante: cesaba la comunidad de los víveres y cada cual debería procurárselos en lo sucesivo cómo pudiese. Entonces los bribones resolvieron dedicarse a la pesca, y para no tener que compartir la comida fueron a vivir a la entrada de la laguna.

A cada día de ocio y ansiedad sucedíase una noche en vela espantando los

do la nave ha sido dejada sin vigilancia. ¡Tal es el precio que suele pagarse por crear una empresa!

Pero Doursther había salvado la vida, y su exaltación era tal que al llegar a bordo fue presa de un ataque de nervios.

Antes de emprender el regreso, Ebrill y Clark quisieron cumplir dos diligencias que estimaban necesarias para la edificación moral de los isleños. La primera fue mandar a tierra un piquete con bayoneta

calada encargado de destruir las chozas, las canoas, los aparejos de pesca, los utensilios, las esteras y los depósitos de agua; todo lo cual se amontonó para ser quemado en gigantesca hoguera. Una vez arrasada la aldea, apresaron al rey y a tres de sus más crueles secuaces, y amarrándoles al pie del palo mayor, les dieron a cada uno, por turno, cuatro docenas de latigazos; luego los arrojaron por la borda para que se fueran nadando hasta la playa.

